

do de los rieles, traspuso las montañas, cruzó el mar, mojó las cansadas alas de las aguas del río, y posóse, libre y contento, bajo el techo de aquella casa donde pasó el infeliz huérfano los días tristes de una niñez pobre y los densos momentos de una juventud infortunada!



XXVII

Ay, Micáila, ya me tienes hasta el copete con tu misma música de toitos los día!... ¡Ya te he dicho repetías vece que yo maldito si me acuerdo de la tal Rumualda y tú aferráa en que sí!...

Vamo jacerno la afiguración de que á Rumualda me la juera encontrando por... le decía ¡diosito! y con la misma le golvió la espalda... ¿sabes?...

Rumualda no te sirve ni pa descalzarte la chinela... ¡Está fea, vieja y arrigona!... ¡Con una patilla que se cae por encima de la oreja que... ¡vaya, paece cochina con cría!

—¡Tú eres muy lanza, Chencho, y pero que come güevo, si no lo come, lo

güele! . . . Ora me quieres engaratusar* echándole de trompa pa juera á Rumualda. . . . ¡falta que yo to creyera como a bendito! . . . ¡Mira, si me güelves á decir tantito ansina de qué pasa por cá de la maldecia de Rumualda, voy y la cojo por la patilla y la dejo sin pelo y sin oreja! . . .

—¡Barajo* con la mujercita! . . .

—¡Sí, y no lo echej en saco roto! . . .

—¡Pué mira: á mí naidén me alza el gallo, ¿lo oyes? . . . ¡Y pasará por óndame se dé mi rial gana! . . . conquere. . .

—¡Eso lo veremos! . . . ¡Y véte largando de aquí no te vaya á encapillar ejolla por la cabeza! . . .

Chencho, á más no poder, cogió el sombrero y salió de su casa llamando á regañadientes á Micáila: chillona, revoltosa y otros adjetivos que no son para estamparlos en letras de molde.

De poco tiempo á esta parte, le habían venido á Micáela unos celos furiosos por chismes y dimes y diretes de

vecinas, que, como decía el mismo Chencho, les gustaba mucho andar calentando el bocadito*; hoy le tocaba su turno á Rumualda; otra ocasión le caería á Pascasia, y así, al pobre Chencho le salía la cuenta á mujer por día, por lo cual resultaba con un serrallo más variado, completo y surtido que el del gran Turco. . . .

Chencho, que al presente no era un Don Juan ni iba para allá, se daba á todos los diablos con las endemoniadas reclamaciones de Micáela; á veces lo echaba á risa; pero otras hablaba con tanta afirmación y visos de verdad que Micáela, que por muy topo que fuera Chencho, venía á sacar en limpio que por ahí soplaban los chismes de la vecindad, de las amigas que frecuentaban su casa con el deliberado propósito de alterar la paz de su matrimonio; después de darle muchas vueltas al asunto acabó Chencho por resolver el problema: esmeraría cautelosamente para dar con

una de aquellas enredadoras en el momento del chisme; días y más días, esperar y más esperar y no se presentaba la ocasión que tanto acechaba Chencho, hasta que un domingo de mañana, á la salida de misa, se fué Chencho á su casa á ver si caía el pez; antes de llegar oyó la voz atiplada de Paula, muchacha casadera y coqueta que andaba siempre embolismando; acortó el andar Chencho, y se quedó pegado á las rendijas de los tabiques para escuchar mejor la parlería.

— «¡Pué sí, Micáila,—decía hecha un argadillo—no seas bruta, Chencho te la pega con la chipuja* de Luciana; anoche mesmo en el fandango no se dejpegó un momento de ella. . . . y no creas que le llevaba tepache*, ni jarabe de palo mulato*. . . . ¡Qué va! . . . ¡Sino cerveza güena. . . . de esa extra. . . . y unque la muy sinvergüenza hacía muecas. . . . ¡pum! . . . se la atipujaba toita! . . . »

Como Chencho había ido á acostarse

el sábado muy cerca de la madrugada, Micaela tragó el anzuelo, y muy sofocada contestó á su amiga:

— ¡Con que esa chipuja! . . . ¡Deja que venga el gandúl* de Chencho y poco va á ser el día para decirle cuatro frejcas! . . .

— ¡No é preciso ejperar, aquí ejtoy! . . . ¡Y tú relambía, piruja, pilguaneja, chijmosa, largo de aquí! . . . ¡No vaya á meterte un taburete por la cabeza y aplajarte el moño y. . . !»

A Paula se le hizo la puerta lejos y angosta para salir huyendo, santiguándose del arrebató de Chencho.

— «¡Ora óyeme tú: La chipuja de Luciana jace dos meses que se murió»! . . . ¡preguntáselo á tía Nica que é su madrina y vive aquí cerquita! . . . ¡Tóo ejto te servirá de escarmiento y será lición pa que veas que é como lo que te icen toas: purito chijme de esa delenguáa! . . .

¡Y mira cómo se jué diendo sin dejpedía! . . . Eso te prueba lo posetivo de mi palabra! . . . »

Entonces Micaela empezó á ver claro en el asunto que antes ponía turbio; se prometió no abrir más oídos á chisme de las amigas... pero, por si acaso, fué en cuanto pudo á preguntarle á la tía Nica si era verdad que la chipuja de Luciana estaba debajo de tierra hacía dos meses; lo que resultó cierto, para tranquilidad de Chencho y felicidad de aquel matrimonio que en la mañana se desmoñaba y en la tarde se hacía caricias.

—¿Ya sabes, Micáila?

—¿Qué?...

—Que me escribió «Pájaro»!

—¡No me igas!

—¡Mira la carta!

—¡A ver, qué lá leo!

—¡Tómala!

Micaela abrió un pliego, cuyos dobleces estaban grasientos á causa de lo manoseado de la tal carta, lo que demostraba que había estado en muchas manos, ó que Chencho la había leído repetidas veces; decía así:

«Billa de las Grandas Julio 8 de 18...
Señor Cresensio Lopes.

Querido Chencho: Deceo que al resivo de esta goses de cabal salú en unión de Micaila. Tube un viage felis y nada uvo en el de nobedá, á Dios grasia. Por acá la cosa anda muy despasio. Al lisenciado todo se le ba en ablar que ora esto y mañana lo otro y nadita de aser nada. Sino juera por mi ija yo me golviera pa atrás y tirava la montera á un lado. Acui me avurro mucho y cabilo que quien save asta cuando acavara todo esto. me dan gana de largarme y dejar al lisenciado plantado. pero me aquerdo que dí mi palabra y me aguanto. tu dirá que aprieto. asigun e hoido en la mesa, mi señor padre tiene tre asiendas. cinco casas y mucho dinero en peso juertes. parese que todos acuí me dan la rason y dicen que no e juto que llo dege que otro se coga lo mio. por esto me armiro y no me boi, como le ofresí al lisenciado. De oi á mañana e la entrebista con

mi padre. y si no se arregla pronto la cosa tendremos que ir á Puebla á hablar al gobernador y no se cuenta cosa más que dise el licenciado. No te sigo escribiendo por que ella sabe que nunca me atirado la pluma. ogala entiendas mi disparate.

— memoria á mi aigada, a las becinas, al Sapo, y á todititos los amigos y se despide de tí tu amigo y padrino

— Pájaro.

— ¿Qué te parece?

— Pué náa... que de la noche á la mañana mi padrino se nos á güelto rico... ¡Con tal que endempué no no vea cómo que no semos de su pelo!

— ¡Qué va!... ¡Tú no conoce como yo á «Pájaro»... Con decirte que si no juera por su hija... (de ejta que habla ái en la mesiva)... no cogería ni medio partío por la mitá!

— Oye tú, ¿y por qué nunca me hablaste á la hija de mi padrino?

— Porque era cosa convenía que no

la sacara á colación jamá... «Pájaro» es muy reservado... ya tú lo conoce... calláo... como esa pader... y ansina como lo vé que se le afigura á una que no quiere á naiden, é de muy güenos sentimientos... Yo lo é visto con ejtos ojos que se han de comer la tierra llorar cabalmente como una mujer cuando se le murió su vieja... y si no me resuelvo á decirle que saliera á la calle, toavía ejtaría encerráo llorándola... Y los domingo que iba á ver á la macaca, yo quisiera que hubiera visto qué fiestas le jacia á su hija... Y de juro que si «Pájaro» logra que el Licenciáo pejque los tecoline, la tal hija va á heredar el oro y el moro... y entonce ya verá como toito el mundo la conoce... y la tráin en la palma de la mano y no se les quita de la boca á la gente para alabar su estampa... y que si la hija de «Pájaro» por este láo, y que sí la «Pajarita» por allá... que el maldecío dinero no sé qué demontre tiene que tóo lo pone ansina de grandote, y

lo güelve blanco y má brillante que el mismo sol en punto del medio día. . . . Pero á mí me se asienta que el Licenciáo, por má que ice que jace y desata en ejte enredijo, tóo se le va á golver purita pintura y echar papas*. . . . Quiere sacar la castaña con la mano de Misifú y. . . ¡En fin, ejta son cosa que solita vendrán á dar en el clavo sin que naiden laj arré! . . . Yo me alegraría. . . ¡ya lo creol que «Pajarito» arzara el monte con tóo y tapete, náa má pa que morieran de envidea «Pepe Palitos», que anda por ái que no cabé en el cuello de la camisa, sin saludar á naiden, cáa vé que viene de allá del pueblo donde la pendolea de plumario. . . . Y vamo á ver, ¿quién é «Palitos»? . . . Un aventáo*, un pinta copas*, peláo como yo y Timbilla, y Gañote y el Sapo y toitos sus cómpas de ejcuela. . . . náa má que tuvo la suerte de sacar una bonita letra que no hay por ónde motejarla, en vé de coger la garlopa y la cuchara como nojotros los

descípulos de Don Cundo Marmolillo! . . . ¡Y cuidáo que era má cerráo de mollera que pata de mula de trapiche! . . . Yo me aprendía las liciones del p-i pi al p-a pa en un sujiro, mientras él se pasaba tóo el santo día, duro que duro y naita que le entraban las letras. . . . Pero eso sí, Micáila, míralo ora y no le puees tocar un pelo de la ropa. . . . trae reló de níquel, se echa al láo el sombrero y le tose á las muchachas bonita y enamora á las catrinas* con cartitas muy bien escribidas. . . . ¡Ay, Micáila, jasta en los palos del monte hay su separación; uno nacen pa santo y otros pa ser carbón! . . .
—¿Qué te importa á ti «Palitos»? . . . Cualquiera diría que le tienej envidea! . . .
—¡Envidea yo! . . . ¡Vamo, cuando tengo mano pa trabajar y no me caliento el chical* pa comprar zapatos ni ando cavilando si me quedrá la jija de ejte riachó ni la sobrina del otro farolón! . . .

—¡Ansina me gujta, hombre á carta cabal! . . . Con tu Mica no te ha de faltar náa, Dios mediante. . . . Que cuando no hay trabajo, aquí ejtán mis jarrete pa pegarme á la batea* y darle al metate pa echar tortillas y la auja pa coser cargazón* . . .

—¡Si yo no lo igo por quejarme de la vida que llevo! . . . ¡Me da muina que haiga tanto pinturero badulaque subido al campanario por arte del demoño! . . . Porque no me negarás que «Palitos» sin su güena letra sería un Pepe sin Dios ni santa María, y pa lo único que ejtaba güeno era pa calentar las silletas del café, prendiendo banderillas* á sus concócs y cuando no ejtuviera en la cárcel, lo andarían bujcando! . . .

—¡Deja al tal «Palitos» en pá y gloria de Dios y dime si puees comprarme pa el mé entrante un par de zapatos. . . se acerca la virgen del Carmen y ando con la purita chinela! . . .

—Si el máistro Pancho ajusta el tra-

bajo con. . . «Palitos» . . . ¡Porque «Palitos» va á llegar á casa! . . . Cuenta con que te compro eso y mucho más! . . .

Con esta promesa Micaela se fué á la cocina; hizo una pila de leña; sopló fuerte la débil llama; crepitaron los menudos tueros; levantóse espeso el humo, y se puso aparte á espurgar el arroz; partió cebolla, tomate y ajo; chirrió la manteca en la lumbre, y en tanto Chenchó, para curarse del escozor que tenía por la noticia de que «Palitos» iba á levantar una casa, sentado en su butaque, en medio de la puerta de la calle, templaba la jarana,* le sacaba atiplados tientos, hasta que puesta en solfa, menudeó el zapateado y cantó con voz quejumbrosa:

«Pa cantar la bamba
Se necesita
Una poca de gracia
Y otra cosita» . . .

Micaela, entusiasmada por el sencillo

cantar de su marido, que le recordaba sus triunfos en los fandangos, contestó siguiendo la tonada de la vihuela:

«A muchó no le gujta
La cinta blanca,
Porque icen que é trijte
Y á mí me encanta! . . .

Y Chencho completó el son:

«Arriba y ma arriba,
Arriba iré,
Repiquen la campana,
Repicaré! . . .



XXVIII

No queda más recurso, mi querido «Pájaro,» que echarse encima los trapitos nuevos; irse derechamente á la barbería á quitarse esas barbas de Nazareno; dejar fuera todo temor y dirigirse á la casa de Don Javier Intanzón Illescás; y ahí no es nada. . . . ir á saludar á Sá. . . . Sá. . . . Sátrapa!

—Pero si mi padre se ha agraváo de ayer á hoy! . . .

—¡Ta, ta! Esas son trastadas de Sátrapa; créemelo, mi buen amigo!

Sabe que estamos aquí hace dos días; conoce mis intenciones; mejor dicho, como es muy ladino, ha leído en mis pensamientos, lo que tengo muy metido en el ca. . . . ca. . . . caletre! . . . No es fácil embaucar á este señor con ninguna tri. . .